

Para una metapsicología de la perelaboración

Fernando Ulloa

En su obra “Zen en el arte de escribir”, Bradbury habla del placer creativo que experimentó cuando aprendió a usar el escalpelo para reducir, sin matar su espíritu, uno de sus largos y primeros cuentos a un breve guión cinematográfico. Un arte, el que comenta Bradbury, que en mi caso quizá sólo quede en intención, oportuno para emprender la síntesis del cúmulo de notas preparatorias para intervenir, sin texto escrito mediante, con el tema de la perelaboración como aporte a la mesa sobre la dirección de la cura.

Tampoco contaba con una grabación de aquella charla, intencionalmente dada al azar de la memoria y sus vicisitudes, una manera, en ocasiones algo riesgosa, que suele ser propicia a la transmisión psicoanalítica del psicoanálisis, aunque no tanto al estilo más académico de esa transmisión.

Lo que me propongo hacer, de lograrlo, es probable que resulte un buen ejemplo, aplicado a la escritura, de lo que aquí presentaré como perelaboración, entendida en términos de intensificación con efectos perdurables. Insisto que no necesariamente éste llegue a ser el mérito del texto. No olvidemos que el efecto de la perelaboración se da en un tratamiento dentro de los excesos del loquis propios de la asociación libre: coloquio, circunloquio, interlocutor, locuacidad, locuela, etc., para nombrar sólo algunas de las variables del término. Una variabilidad necesaria para que no sólo el trabajo interpretativo, sino y principalmente lo que se va

sintetizando en el analizante como advertencia de sí, pueda traducirse en el tal efecto perelaborativo.

Me interesa señalar que si bien la perelaboración es un concepto psicoanalítico, conceptualmente algo difuso, en realidad constituye uno de esos recursos curativos propios de la condición humana, previos al acontecer que marcó la irrupción del psicoanálisis. Un acontecer que significó, en primer término en el maestro vienes, y luego en cada analizante y analista que le siguieron, el pasaje de lo inconsciente, como presencia cultural en la civilización, al inconsciente freudiano, ahora articulado a la consciencia del sujeto. Así se supera ese “lo” neutro y adjetivante (“lo inconsciente”) accediendo a la substantivación del inconsciente freudiano. En este acontecer la perelaboración resultó y resulta nuclear.

El propio dispositivo psicoanalítico es perelaborativo en tanto intensifica los procesos resolutivos-curativos, posibles en todo sujeto.

La idea de perelaboración no queda abarcada por el concepto de elaboración. El prefijo *per*, tal como lo señala el diccionario de la Real Academia Española, y también los de otras lenguas, indica a la vez mayor intensidad de un proceso y, de manera menos explícita, lo que perdura en el tiempo, lo per-durable.

Es común aludir, algo ambiguamente, a la perelaboración como el proceso de cura que avanza aun cuando es difícil identificar un accionar interpretativo impulsando la cura. En esos momentos pareciera que el tratamiento se ha estancado, aproximando el riesgo de que la abstinencia del psicoanalista encubra una actitud de indolencia, de hecho una falla ética de éste, siendo en cambio en el analizante, literalmente lo que el término dice: evitar resistencialmente el dolor frente a la proximidad de un importante núcleo patógeno aún no nombrado. Una proximidad en general angustiante. El apalabramiento asociativo del paciente (el loquis ya mencionado), resulta entonces eficaz al permitir sutiles manifestaciones con valor de un nuevo conocimiento advenido en el curso del análisis. Insisto en que esto también puede ocurrir por fuera del proceso psicoanalítico, y un ejemplo privilegiado se da en la creatividad poética y también en aquello que más adelante mencionaré como los oficios básicos de la palabra.

Volviendo al psicoanálisis y a ese conocimiento de resulta de la actividad asociativa, habitualmente formulo este proceso de la siguiente manera: “me doy cuenta que siempre supe lo que acabo de saber... para volver a olvidarlo”. Un

volver a olvidar resultado de la recaptura de aquello quizá entrevisto sólo fugazmente. Si lo reprimido, en la atemporabilidad inconsciente, puede significarse como “eterno” -en tanto no envejece en su capacidad de promover síntomas- cuando pasa a manifestarse como “lo siempre sabido”, es decir cuando ingresa a la tópica de la consciencia, aun por breves instantes, pierde la condición de “eternidad” para formar parte de la temporalidad consciente. En la consciencia el tiempo fluye como fluye el pensamiento, de ahí que al ser recapturado aquello que por reprimido se vuelve a olvidar, este “olvido” se trasforma, en el territorio de lo reprimido -usando libremente una expresión freudiana- en un “representante representativo” de la consciencia metafórica. Esta representación temporalizada convierte al territorio captor más permeable a la exploración y de hecho más expresivo en relación a lo reprimido. Cabría interrogarse acerca de si la tópica de retorno, para lo recapturado, es sólo el preconsciente, cosa obvia, o también el inconsciente mismo, algo no descartable. Visto desde una perspectiva metapsicológica, lo anterior puede ubicarse como uno de los procesos íntimos de la perelaboración.

Para pensar con mayor precisión la idea de perelaboración, tal como se deduce de los escritos freudianos, es útil emparentarlo al concepto de trabajo psíquico, (el *Durcharbeiten* freudiano, el *working-through* en inglés, o en castellano el *trabajo-a-través-de* ...) como el proceso por el cual el aparato psíquico elabora los estímulos perturbadores, cualquiera sea su origen.

Freud se ocupa del tema, en el contexto del tratamiento de la histeria y en las teorizaciones tempranas del “Proyecto...”. Dice que una vez identificado el núcleo patógeno, o sus proximidades, aparecerá una resistencia en el paciente y “la situación se vuelve menos transparente”. El tratamiento se estanca y no basta con nombrar esa resistencia, sino que será necesario identificar el núcleo patógeno. Entonces la perelaboración es el arduo, y silencioso camino por el que se transfiere (transcurre) entre una y otra tópica del aparato psíquico, lo reprimido. Esta modalidad del transferir fue a la que inicialmente se refirió Freud antes de que el término fuera prevalentemente aplicado, ahora intersubjetivamente, a la resolución de la neurosis de transferencia, algo esencial en el proceso de la cura.

Freud destaca que el incremento de la resistencia marca un momento culminante, en el proceso mayor del trabajo-a-través-de. Señala que “...sólo en el apogeo de ese proceso se descubre, dentro del trabajo en común con el paciente, emo-

ciones pulsionales reprimidas que lo alimentan y de cuya existencia y poder se convence en virtud de tales vivencias”.

Agregaré que la perelaboración puede convertirse en una ardua tarea para el paciente, y en una prueba de paciencia para el analista, pero destaca que se trata de un momento de beneficiosos efectos alteradores para ambos y ésto distingue al tratamiento psicoanalítico de cualquier otro influjo subjetivo.

Por mi parte pienso que en esos efectos alteradores de la estructuras subjetivas, promovidos por la perelaboración, que tanto impulsando la cura en el paciente como la capacitación teórica-metodológica en el clínico, estriba la diferencia que el psicoanálisis tiene con cualquier otro quehacer psicoterapéutico alternativo. Desde esta perspectiva la perelaboración corresponde a ese acontecer, inherente al funcionamiento mismo del aparato psíquico, como un proceso en cierta forma independiente -nunca del todo- del importante accionar interpretativo de la neurosis de transferencia.

No vengo empleando al azar el término acontecer, sino que lo encuentro preciso para hablar del psicoanálisis como un proceder crítico. Sabido es que todo proceder crítico debe ser eficaz, en primer término, sobre quien sostiene la crítica. Cabe también recordar que así como el vocablo suceder connota lo que sucede a lo anterior, no como consecuencia sino como secuencia de lo ya existente, (algo propio del pensamiento deductivo surgido a partir de propuestas previas), el término acontecer no se juega a lo ya existente sino a los efectos promovidos a futuro inmediato o mediato. Esta idea se corresponde bastante ajustadamente a la producción de pensamiento crítico. Es que la clínica psicoanalítica es un proceder promotor de tal pensamiento.

El arduo y paciente esfuerzo freudiano, a partir de lo que fue su “propio análisis”, (que él denominaba, pienso que erróneamente, autoanálisis, en tanto este término aproxima los redondeles autoeróticos excluyentes de la necesaria alteridad), inaugurará ese acontecer, repetido según la singularidad de cada uno, en los sucesivos analizantes-analistas posfreudianos. Cuando digo propio análisis también incluyo el conducido por un analista (ventaja que no tuvo, al menos orgánicamente Freud, aunque la alteridad estuvo dada por distintos otros y por eso lo de propio análisis), y esto justifica emplear el término de analizante y no el de analizado para quien se incluye en un dispositivo transferencial con beneficio

psicoanalítico.

El acontecer al que aludo (de hecho otro nombre de la perelaboración) supone que "lo inconsciente", aún no substantivado, tal lo destaca el "lo" neutro adjetivando inconsciente, efectos que Freud advirtió y estudió principalmente en su trabajo sobre sus sueños. Las lecturas sofocleanas sobre Edipo deben haberle servido como restos diurnos, ocupado como estaba en elaborar la muerte de su padre. Es así que en la interpretación de propios y ajenos sueños, empezó a poner a punto el complejo edípico como una teorización psicoanalítica nuclear, a la par que organizó las bases metodológicas de un dispositivo clínico perfeccionado a lo largo del siglo. Un dispositivo en que lo inconsciente fue produciendo análisis, como reflejo medido -toda teoría lo es- de la desmesura inconsciente. Una teoría que a su vez habrá de volverse sobre aquello de lo cual es reflejo -"lo" inconsciente-, adviniendo así el inconsciente freudiano, y luego con propio nombre, el de quienes emprendieron este personal apoderamiento necesario a la condición psicoanalítica.

Lo dicho anteriormente acerca del imbricamiento entre inconsciente y psicoanálisis, operando uno sobre otro, permite pensar al psicoanálisis como un oficio próximo a los que pueden considerarse oficios básicos de la palabra, formando legítimamente parte de la condición humana. Son oficios más antiguos, con muchísimo más tiempo que el psicoanálisis y a ellos me referiré brevemente, apoyándome en algunas ideas que trabajé tiempo atrás, precisamente en torno al tiempo y el aparato psíquico: ("Del tiempo, sus contratiempos teóricos y sus saltos conjeturales."). El tiempo y el inconsciente siempre han promovido la curiosidad y la especulación desarrollando inteligencia. De inicio produjo pensamiento místico, esa impaciencia de la inteligencia frente a la inquietud del misterio. También nutrió la poética como un limitado reflejo de la desmesura y de lo invisible, entreviendo fugaces inspiraciones; esto vale para cualquier creación del arte. Bastante más tarde impulsó la cavilación, abriendo las conjeturas filosóficas. Desde temprano el ingenio humano inventó herramientas para su trabajo; al experimentarlas fue haciendo observaciones que con los siglos avanzaron la racionalidad crítica, aproximando los procedimientos de las ciencias y la crítica epistémica. Lenta y azarosamente, la humanidad procuró la organización política y económica, en general divorciada de lo anterior, desmintiendo tantas veces la racionalidad y los

progresos alcanzados.

El psicoanálisis puede ser ubicado entre la filosofía y la epistemología, en algunos casos, depende del estilo del psicoanalista, corrido a la filosofía o quizás a la poética, no tanto como quehacer, sino tomando de ésta la penetrante eficacia interactiva de la subjetividad. Hay veces en que, animándose por los caminos de la numerosidad social, aproxima el interés por la política y la economía para enfrentar el desafío que implican estas cuestiones estructurantes de lo social en relación a la salud mental. Esto supone definir la salud mental no en términos psicopatológicos, sino en aquellos coincidentes con los de la cultura, pensada ésta como todo el saber y el hacer para extraer de la naturaleza, y aún de los semejantes, los bienes necesarios y los superfluos para el diario vivir. La arbitrariedad o la justicia dada en la cultura es factor determinante de salud o no salud mental.

En relación a esto de los oficios mencionaré, otra vez brevemente, lo que suelo llamar “la angustia hacedora de oficios”. Justifica esta mención el hecho de que todos estos quehaceres básicos, más antiguos que el psicoanálisis, están estrechamente ligados a la elaboración perelaborativa de la angustia por parte del aparato psíquico. Una elaboración no ajena a ese *trabajar-a-través-de* ... que ha ido perfeccionando la condición humana y organizando los quehaceres y su cultura, como una manera de vivir vocacionalmente acorde con el desarrollo de los complejos procesos propios de la identidad. Bien puede decirse que en los comienzos de la vida, y en el inicio del aprendizaje de nuestros trabajos, somos lo que nos hicieron en tanto profesamos a la manera de quienes nos iniciaron. Si logramos no quedar atrapados en aquellas identificaciones-auxiliares, durante un largo tiempo tendremos a ser a la manera de lo que hacemos. Finalmente, y afirmando vocación, es posible que logremos hacer lo que somos. Ésto último es el desiderato de un oficio que conservando las leyes válidas, en cuanto a ética y eficacia de toda profesión, va más allá de estas y sus estandarizaciones al ser atravesada por el estilo y el posicionamiento ético del oficiante. Algo opuesto a lo acontecido con aquel rey de la película “La locura de rey Jorge”, quien durante años procuró ajustarse a su manera de ser contraria a las expectativas tradicionales de sus súbditos. En trance de perder el trono por su obstinado propósito, y mirando sus vestidura y emblemas reales, reflexionó: “Debo ser aquello a lo que me parezco”, y se disfrazó de tal.

Hay una figura freudiana que encuentro oportuno incluir acá dado que inicia este acontecer perelaborativo que venimos describiendo; se trata de la novela familiar neurótica (NFN). Hay razones para generalizar esta novelería a todo sujeto, sin restringirla “al neurótico” como propuso Freud, puesto que la estructura humana siempre incluye el conflicto neurótico.

Brevemente diré que la NFN es un momento perelaborativo que permite al niño enfrentar su derrota edípica, ensayando subjetividad a través del despliegue de la ficción. La NFN no sólo supone un período de intensa productividad lúdica ficcional, sino que además tiene efectos perdurables, entre ellos la capacidad de conjetura y hasta el humor conjetural. Estos son herederos de la ficción no renegadora, algo de lo que enseguida habré de ocuparme.

Freud dice al respecto que el niño construye sus personajes con aquellos rasgos más apreciados, más queridos de sus padres, rasgos a partir de los cuales va imaginando figuras bien distintas a estos. Personalmente considero que los rasgos que el niño privilegia en sus mayores, y que serán base de sus inventivas, con frecuencia son restos que aun titilan en el rostro y en los gestos de sus padres; signos latentes de lo que no fue, lo que queda de los proyectos y aspiraciones fallidas. Es posible que estos restos no sean ajenos a la propia y antigua novela neurótica de los mayores. El niño tomará la posta abandonada, a partir de su formidable captación del lenguaje, de la cultura de su época y, probablemente, como ya señalé, del antiguo deseo interrumpido en sus mayores, cuando ese aun da apagadas señas.

En esta producción del niño podemos considerar dos tipos de ficción: por un lado, la que mantiene la nobleza del género en tanto imaginariza más allá de lo real, sin ocultar recusatoriamente los hechos y las restricciones con que se encuentra. Esta actividad imaginativa conlleva la inventiva necesaria para resignificar esos hechos. Una producción que ya presenté como antecedente del humor conjetural. El humor, como forma de la valentía, es un fluido penetrante de las rigideces de lo real. Pero en la NFN también puede darse una producción ficcional que recusa los límites castratorios que lo real le presenta al niño. Entonces lo ficticio de esa producción levantará velos fetichistas. El fetiche es un ídolo al que se lo adora -perversamente- porque afirma que es lo que no es, y también lo contrario. Se trata de una mentira idolizada, una patología de la perelaboración relacionada

con la perversión y también con posibles efectos perdurables.

Sólo la primera de las formas ficcionales, la no ficticia, se ajusta al estatuto de perelaboración en cuanto proceso resolutivo-curativo del sujeto.

Cuando aludo a la niñez y su condición de novelería no sólo me refiero a un momento evolutivo de todo sujeto, sino que incluyo -con los riesgos que esto supone- a la humanidad en su niñez inicial. Una niñez cultural con modos explicativos primarios para dar cuenta, en clave de fábula, de un mundo visible pero enigmático en lo aparente, por entonces "más ancho y ajeno". Sabido es que en la medida que el conocimiento sobre ese "aparente" avanza, más ancho y ajeno aun se torna ese mundo, el socrático "sólo se que nada se". Pero también es cierto que el cúmulo de conocimientos cada vez se irá acrecentando más rápidamente, perfeccionando esos modos explicativos ordenables en una secuencia de estilos que con el tiempo serán la base de los oficios ya aludidos. Como ya dije, inicia esta secuencia las explicaciones míticas poblando antropológicamente el firmamento, la épica inventando y narrando dioses, de hecho paganos, en relación a un conocer acerca de la naturaleza, las estaciones, el clima, la experiencia campesina. Campesino y pagano son términos correlativos en cuanto al endiosamiento de las fuerzas naturales. Frente a los excesos explicativos y racionales de los míticos y sus narraciones, se hicieron firmes, asumiendo riesgos, los incrédulos, por sostener un pensamiento racional opuesto al viejo aforismo de la antigua Grecia pagana que afirmaba: "de los dioses por las dudas, di que existen". Estos incrédulos fueron llamados los sabios prefilosóficos. Tales de Mileto es el que más ha pasado a la historia por su famoso teorema. Ellos se mostraban interesados por los asuntos de la comunidad, y en ésto ya eran políticos, y si no economistas al menos buenos ecónomos administrando lo que ya podía considerarse bienes públicos. Hábiles artesanos inventaban artificios y herramientas para perfeccionar y aliviar los trabajos cotidianos. La experiencia y el conocimiento de la física, que de ahí proviene, fue importante en los comienzos de lo que luego sería el saber inicial filosófico. Pero sobre todo eran firmes defensores del pensamiento racional. Faltaban siglos y siglos aun para que el ámbito de lo irracional encontrara su Freud, si bien este encuentro ya lo anunciaban onirólogos, clarividentes (la tradición privilegia al dudoso Tiresias), dramaturgos animándose con la tragedia como lo hizo Sófocles, del que el psicoanálisis tomó y popularizó su Edipo. Además esa misma "niñez"

de la cultura y su imagería enlazando lo real, avanzaba lentamente la eficacia simbólica, miles de años después necesaria al psicoanálisis como ya lo había sido desde antiguo a la poética y toda la producción artística. Por supuesto la eficacia simbólica, con estilo distinto, es esencial en la ciencia.

Es un hecho que lo real no garantiza la verdad aunque suele presentarse como lo verdadero, sin que alcance necesariamente a ser cierto. Para el apoderamiento capaz de dar espesor de verdad a la subjetividad, será necesario enfrentar la opacidad propia y constitutiva de lo real apelando por momentos a ese juego perelaborativo, que partiendo de la imaginación infantil y su producción de novelaría, o de la adulta y sus conjeturas, ambas inventoras cuando no se atascan en la ficción renegadora, pueden abrir la chance de resignificar aquella opacidad en una producción simbolizante de paradigmas, con cierto -sólo con cierto- sentido de perdurabilidad. Los paradigmas y sus efectos no son perdurables, a su tiempo esos efectos, sobre todo cuando resultan críticos, no respetarán su origen desnudando la endeblez en que nacieron. Los paradigmas son necesariamente efímeros y esto delata su linaje ficcional, discontinuidad necesaria al saber.

Lo anterior aparenta ser opuesto a la perdurabilidad propia de la perelaboración. Pero ocurre que en la ciencia y de hecho en la ficción conjetural, y principalmente en la cura psicoanalítica lo que perdura no es el saber sino la actitud curiosa por acrecentar ese saber, una actitud por momentos destructora de saberes previos. El psicoanálisis puede presentarse como una disciplina curiosa por muchas razones, pero básicamente por el lugar que ocupa en la capacitación de un analista la curiosidad sin culpa, acerca de sí mismo y del mundo. Digo sin culpa por el lugar que el conocer sexual ocupa en el infantil sujeto del que un analista, para advenir como tal, habrá de nutrirse. Cura y curiosidad están estrechamente articuladas, siendo una función de la otra. Esta es otra de las causas por lo que el avance de la cura supone una ardua y paciente tarea: la de sostener con curiosidad intensa aquello a lo que alude el prefijo *per*.

Hablando de tareas recordemos que si bien desde Freud se sostiene el carácter sintomático de la consciencia, en tanto orbital reflejo del inconsciente, y el psicoanálisis pretende no negar esa orbitalidad y sus consecuencias sintomáticas, se trata de aprovechar las ventajas comparativas propias de ese estar al margen de la escena inconsciente. Un lugar ventajoso semejante al noble margen del texto como

lugar de anotación acerca del mismo. Para el caso el texto es el inconsciente, y quien anota en sí mismo, es la consciencia. Un anotar que irá haciendo consciencia. Entonces la consciencia, aun sintomática, tiene la posibilidad de advenir "consciencia tarea".

La consciencia tarea implementando creatividad nos introduce en una última consideración acerca de la perelaboración. Un aforismo popular, aludiendo a la creatividad, sobre todo a la artística, atribuye un mínimo porcentaje a la inspiración y máxima participación a la transpiración como el trabajoso plasmar en obra lo disparado por aquella inspiración. Se corresponde ésto con algo propio del proceso creativo que siempre va desde lo más sutil y fugaz de la inspiración, hacia lo más denso, algo propio del artefacto (hecho con arte). Se trata de un verdadero trabajo "*a-través-de...*" distintos estados de consciencia, verdaderas estaciones psíquicas con antigua tradición en la cultura. El filósofo-lógico Wittgenstein se ocupó cuestionadora e inteligentemente de estos estados de consciencia. Ellos son la intuición (recordemos que la inspiración-intuición es porcentualmente breve y que luego comienza el esforzado trabajo), meditación, cavilación, reflexión y las diferentes circunstancias del habla, es decir del loquis, para arribar finalmente a diferentes inscripciones que hacen obra. Cuando se trata de la escritura, habrá un verdadero trabajo perelaborativo podador de los excesos del loquis. Tal vez por ese camino de excesos y sobriedades se materializa una obra, que para ser de arte, deberá capturar, transportar y transparentar la inicial y fugaz sutileza que la originó.

El artefacto, como momento denso del proceso creativo, transparenta lo que desde la sutil inspiración transporta (metáfora) aumentando así las chances, para el que contempla esas obras, en acceder -si su percepción lo merece- a lo que entrevió el inspirado autor que pudo atravesar fugazmente la opacidad de lo real.

Sin duda el término clave aquí es contemplar. Curiosamente el más remoto antecedente que reconoce la idea de teoría alude a decir acerca de lo contemplado en la escena teatral.

En el proceso psicoanalítico clínico la escena a contemplar es la que el paciente despliega favorecido por el espacio que le crea la abstinencia del terapeuta, una escena de la que también se puede decir en relación a lo que ahí acontece. Un decir como producción de pensamiento teórico, primer esbozo de conceptualización de

la práctica. Se trata de un decir conceptualizador acerca del otro, distinto al decir sobre sí mismo. (Esta sí es una idea cara a Wittgenstein). A partir de ahí, y ya por fuera de la escena clínica, el analista y acaso también el analizante, tal vez inicien la transpirante tarea de la escritura como un momento privilegiado de la clínica, una escritura que nuevamente evoca el comentario de Bradbury, acerca de cómo usar el escalpelo intensificando un texto sin matarlo y ésto aludiendo a la escritura y sus acotamientos.

¿Qué es lo que impulsa ese segundo y arduo momento de la teorización? Lo impulsa, al menos en la escritura teórica psicoanalítica, aquello que puede considerarse como básico en la hechura de todo psicoanalista: la propia gravedad personal. Una gravedad que se desglosa etimológicamente como gravitación, gravedad, gravamen, y también el agravio de advertir, ahora con sentido patológico, la propia gravedad. Todos estos términos, emparentados etimológicamente, se corresponden a algo que va más allá de la noción de enfermedad aunque la incluye. Tal vez lo esencial de la idea sea que esa “gravedad particular” del analista se hace productiva frente a la alteridad de lo contemplado en lo real de su paciente. Es por ésto que la gravedad, en todo su abanico etimológico, integra básicamente la baquía del sujeto frente a lo real. Un analista es un baquiano en estas cosas. Para aclarar lo anterior haré brevemente un comentario acerca de lo que suelo denominar, no muy originalmente, “la irreductible discontinuidad” dada entre un sujeto y otro. Una discontinuidad no necesariamente irreconciliable, pero que pese a los puentes simbólicos comunicacionales que aproximan el entendimiento, siempre será irreductible. Discontinuidad ya instalada con el hijo aun mediando la donación simbólica de la madre, base del lenguaje entre ésta y su niño. Una discontinuidad que habrá de universalizarse como sentimiento de soledad humana, ya que no sólo se trata de discontinuidad intersubjetiva, sino como parte misma de toda estructura psíquica. A partir de esta discontinuidad, génesis del sentimiento de soledad, surgirán preguntas, nunca con respuestas satisfactorias, acerca de quién soy, de dónde vengo, cuál es mi destino. Es decir acerca de la vida y de la muerte, que es como aludir a las puertas de acceso, siempre opacas, de lo real. Todo ésto importa aquí porque en esa irreductibilidad se funda, como trabajo esencialmente intrapsíquico la perelaboración, que dando espesor a la subjetividad, puede hacer de alguien un sujeto con capacidad de estar solo sin ser un solitario.

Escribí, a los veinte años de la muerte de Pichón Rivière, un texto que titulé: "Pichón Rivière, ¿es la propia gravedad la hechura de un psicoanalista?". De este texto extraeré, no literalmente, pasajes que ejemplifiquen algunas ideas. En primer término relato un episodio de la vida de Pichón Rivière, significativo en mi propia formación psicoanalítica, en relación a la idea de contemplación como momento perelaborativo.

En ocasión de separarse de su primer mujer, Pichón Rivière fue a vivir a una casa que tenía un patio cubierto muy soleado. Para nosotros resultó sorpresivo e incómodo, quizá con algo de siniestro, ver la amplia biblioteca que había circundado las paredes de su consultorio abandonado, transformada en una montaña de libros con sus laderas de desparramos. Un verdadero librerío para nada library, sino más bien un caos aproximando el sentimiento de lo real irrecuperable, donde parecía zozobrar tanta letra simbólica.

Ahí permanecía la montaña de libros sin que pareciera preocuparlo demasiado y sin ánimo de ser Mahoma en camino hacia ella. Un día, durante un grupo de estudios, se dirigió al desorden, tomó al acaso uno, dos, tal vez tres libros, y los hojeó rápidamente. No era un libro especial el que buscaba, sino algo que nutriera la posibilidad de un enfoque distinto, tal vez rompiendo un bache de aburrimiento en la producción de estudio. Finalmente optó por uno del que leyó algunos pasajes, supongo que reconociendo antiguas lecturas. El acto fragmentario y sorpresivo de extraer un libro buscado al azar, pero elegido a sabiendas, resignificó el estancamiento aburrido y también el librerío, ahora con miras a que la montaña arribara, poco tiempo después, a la biblioteca rearmada. Es probable, no puedo asegurarlo, pero en mi recuerdo aquel libro contenía un poema de Keats. En todo caso fue por esos días que Pichón Rivière me introdujo en ese poeta. Se trata del poema titulado "De puntillas estaba", en el que su verso 23 condensa "Contemplé un instante". De ese poema dirá Cortázar, que en él queda situada "... la plenitud de la primera noche en que William Shakespeare acabó *La Tempestad*, (...) la noche en que Rilke sintió el tiempo cósmico rugir sobre su cabeza".

Para mí ese es el momento en que el poeta entrevé en su contemplación la desmesura de lo real, la tentación de capturar algo de lo contemplado lo impulsa a un pensar repentino como primera forma de apoderamiento, produciendo una metáfora poética como forma perelaborativa del pensamiento.

En el intento de capturar el tiempo cósmico que huye ante sus ojos, lo entrevisto desaparecer no bien alcanza a dibujar aquel denso esbozo: "*Contemplé un instante*". La ambigüedad poética de Keats, fluctúa aquí entre la contemplación de un fragmento del tiempo real: ese instante, y la duración del instante. Una manzana metafórica que arrancada al árbol del saber, conlleva la expulsión del paraíso entrevisto, no bien se insinúa cierto conocimiento acerca del mismo. Comienza entonces el bíblico "ganarás el sustento con el sudor de tu frente". Es el precio que el hombre paga en su empeño por saber. Un impuesto ya contabilizado en el mito del paraíso.

La formulación freudiana que alude a la transferencia como un *repetir para no recordar*, puede alinearse en esta perspectiva mítica. Toda la desmesura que gravita en la historia memoriosa e inmemoriosa y en la cotidianeidad del sujeto, está reflejada en esa sentencia medida con que Freud presenta la transferencia. Repetir para no recordar alude, en su brevedad, a aquello que no tiene medida: el inconsciente. No cabe duda que el proceso transferencial que con su aforismo presenta Freud, es una forma de perelaboración articulada al "... para volver a olvidar", aquello que acabado de saber, siempre se supo y que he presentado como la esencia metapsicológica de la perelaboración.

Si digo que la transferencia es una forma de la perelaboración, no sólo me refiere a lo que recordé como primera utilización intrapsíquica del término, por parte de Freud, sino que cabe destacar que ese "repetir para no recordar" es un fenómeno propio del sujeto humano, del cual el psicoanálisis se vale para organizar la neurosis de transferencia como resultado y eje del dispositivo clínico que hace posible la eficacia de la interpretación. Pero el fenómeno existía antes y por fuera de ese dispositivo. Fue el talento de Freud ("Consejos al médico") que supo utilizarlo metodológicamente.

La presentación freudiana de la transferencia, no es la única fórmula del psicoanálisis que ha hecho fortuna. Entre otras cabe consignar una más moderna que da nombre a esta mesa: "*La dirección de la cura*", que sin llegar a constituirse en aforismos, responden a su dinámica. Un aforismo como producción perelaborativa, sin duda grata a la propuesta de Bradbury, condensa en una frase elegante y cargada de sentido, el reflejo de la desmesura entrevisto en el instante de contemplación. Transcurrida esa fugacidad, sólo queda la nostalgia de lo que ya no es, junto

a esa pequeña joya del pensamiento arrancada a la opacidad. A partir de ese resto, arduamente irá el poeta densificando lo sutil hasta la condensación en obra. De la misma forma el analizante avanzará en su cura. Si poeta y analizante, hubiesen sostenido la contemplación, tal vez habrían aproximado algo inherente a la mística. Pero al no renunciar a lo propiamente humano, al pensamiento, se establece aquello que Sócrates también dice aforísticamente: "Sólo sé que nada sé". Una sentencia no necesariamente humilde que refleja lo esquivo de lo real. Esta es la epopeya perelaborativa, propia de la condición humana, donde el saber es un horizonte que siempre se aleja. Una persecución imposible pero no necesariamente vana.